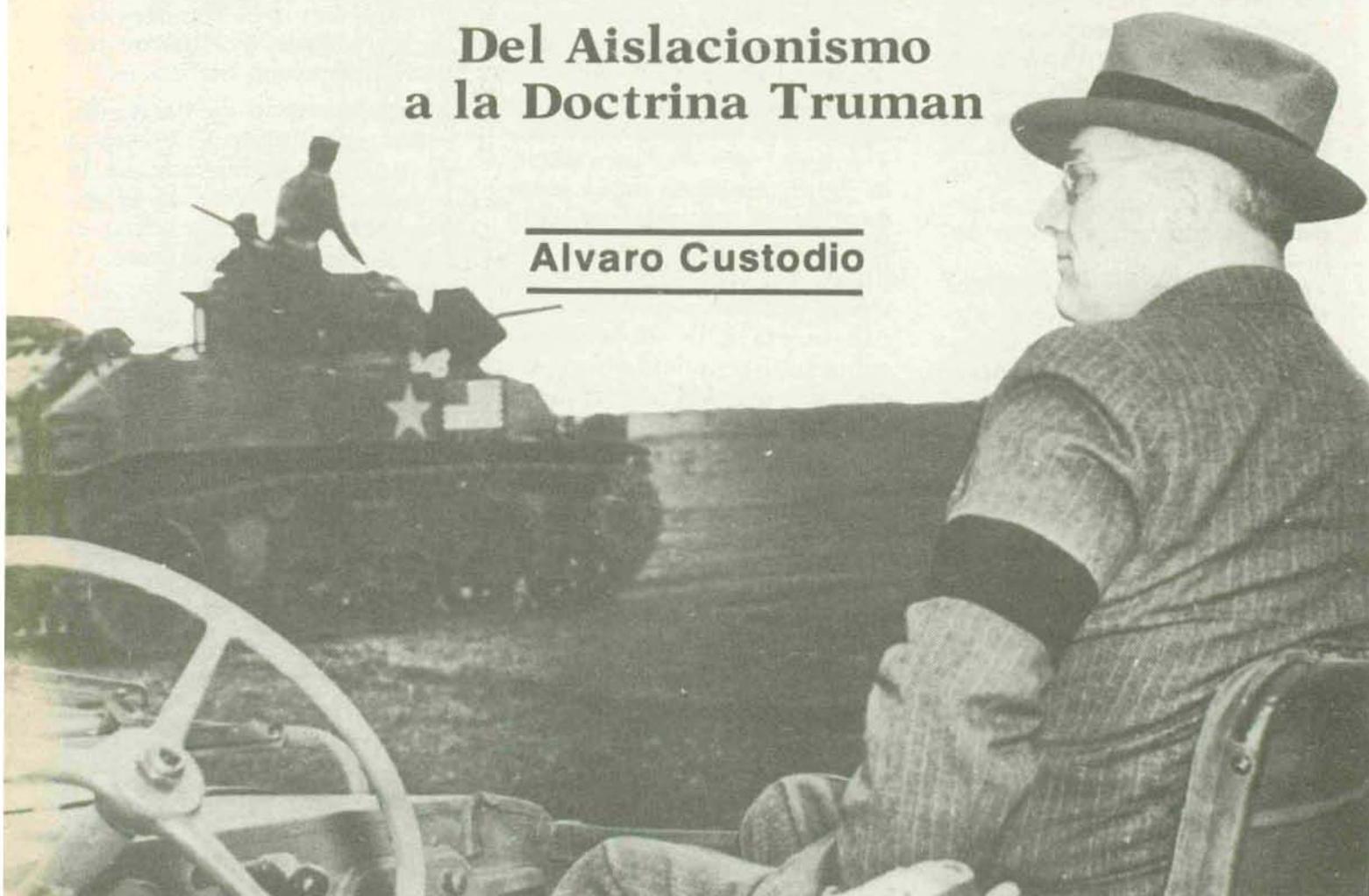


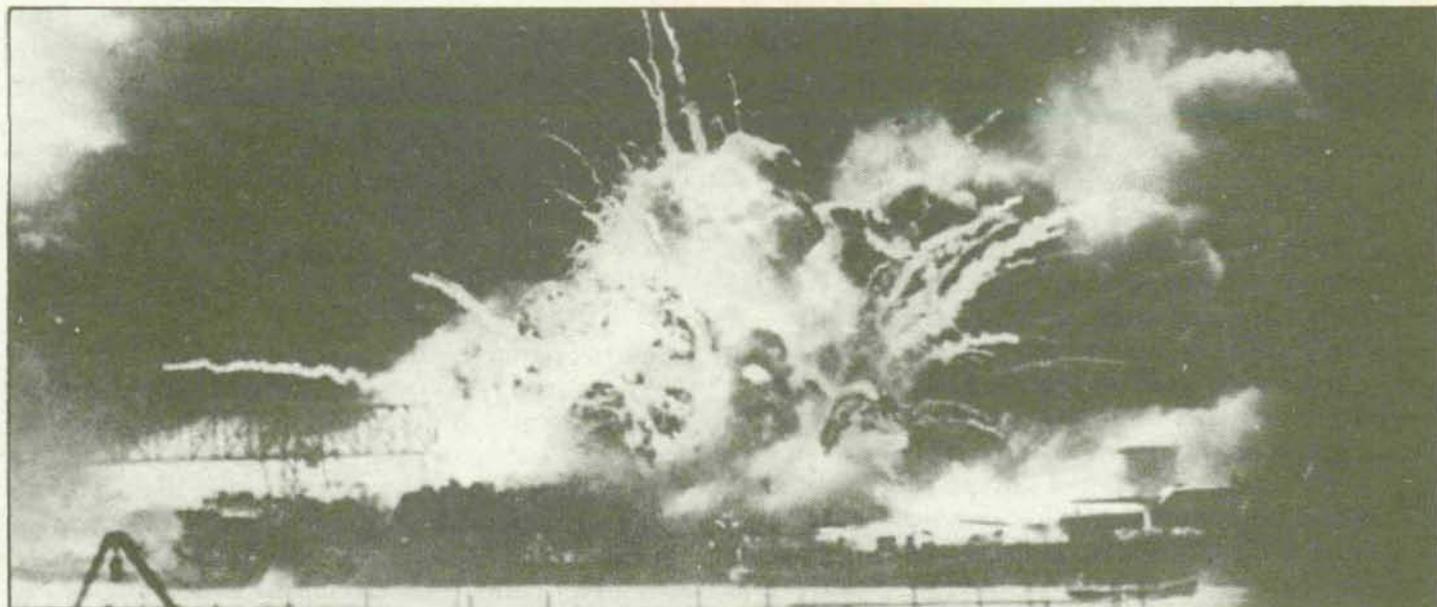
La política internacional de los Estados Unidos

Del Aislacionismo
a la Doctrina Truman

Alvaro Custodio



QUIEN viva en este país lo suficiente para poder conocer los rasgos fundamentales de su carácter será capaz de comprender que un pueblo tan rico y poderoso resulte tan gris en su expresión política. La sociedad norteamericana, deportista y sonriente, está plagada de prejuicios y convencionalismos que la encadenan a un estilo de vida localista y estrábico. Su incomprensión hacia los demás pueblos de la Tierra viene a ser una consecuencia natural de su propia idiosincrasia. Lo cual no quiere decir que el país carezca de grandes personalidades científicas y literarias, pero da grima descubrir que, pese a tan formidables recursos, su nivel cultural medio sea muy inferior al de cualquier nación europea. Para el ciudadano de los Estados Unidos —con las naturales excepciones— lo que no esté relacionado con su bolsillo resulta irrelevante. No sólo desconoce cuanto acontece fuera de su órbita vecinal, sino que nada hace por asimilarlo. De ahí que las intervenciones en la tribuna diplomática de sus representantes lleguen a veces al ridículo del Presidente Carter cuando llamó recientemente a Bonn **gran ciudad**, provocando las risas de sus oyentes alemanes. Vivimos en una época en que las dos superpotencias que la rigen no sólo carecen de un nombre histórico —Estados Unidos y Unión Soviética—, sino de estilo en sus estadistas. Carter y Breznev se me antojan dos estupendos vendedores de cacahuetes y garbanzos, frustrados por la política.



Bombardeo de Pearl Harbour, el 7 de diciembre de 1941.

EL **New Deal** (Nuevo Trato) de Franklyn D. Roosevelt fue un loable intento de modernizar hasta donde fuera posible el anquilosamiento de una sociedad de consumo basada en la libre empresa, donde impera, como en la selva, la ley del más fuerte. La muerte del notable estadista en pleno ejercicio de sus funciones presidenciales frenó, como ocurriera con el asesinato de Lincoln, la aplicación de una política renovadora capaz de identificar a la puritana sociedad norteamericana con su tiempo. Este país no ha vuelto a tener otro Jefe de Estado con la talla de Roosevelt, a excepción quizá de Kennedy,

cuya efímera actuación, malograda también por un crimen político, se quedó en promesa. El conservadurismo, que había comparado al **New Deal** con el marxismo por su carácter de economía dirigida, acabó por imponerse de nuevo. A partir de entonces no hubo más concesiones que las que favorecían en el fondo al gran capital, como el **welfare** (seguro social) a cargo del Estado, que no pasa de ser un consuelo para las capas más modestas de la clase trabajadora.

La política internacional desde 1945 a nuestros días ha carecido por completo de iniciativa al supeditarla servilmente a un solo objetivo: detener por todos los medios el avance del comunismo. La tónica del norteamericano refleja una falta casi total de interés y sensibilidad por los asuntos internacionales. El periódico **New York Sun** publicó en 1889 esta terrible andanada en uno de sus editoriales: «El servicio diplomático es no sólo costoso, sino histriónico y fraudulento. Sólo sirve para malear a unos cuantos snobs. En vez de nombrar embajadores, el Congreso debería suprimir por completo este servicio». Por su parte, Henry Adams, un agudo analista de la sociedad estadounidense, afirmó en 1906: «El Secretario de Estado (Relaciones Exteriores) existe tan sólo para reconocer la existencia de un mundo que el Congreso se empeña en ignorar». Sólo la fuerza expansiva de la economía norteamericana y su capacidad mercantil, apoyada por sus gobernantes como auténticos ejecutivos de una empresa nacional, convirtió a la joven nación en una gran potencia, sobre todo después de contribuir en forma definitiva a la victoria aliada en la Primera Guerra Mundial.



El Presidente Roosevelt y el Primer Ministro Inglés Winston Churchill, durante la Conferencia de Casablanca (enero de 1943). Detrás del Presidente norteamericano aparece en la fotografía el general George C. Marshall, y, tras Churchill, el mariscal Sir Allan Broock.

Cuando todo hacía prever que los Estados Unidos, concienzudamente gobernados por un profesor universitario, Woodrod Wilson, iban a orquestar la postguerra desde las Naciones Unidas, invención del propio Wilson, una vez más el Congreso se negó a reconocer la realidad internacional e impugnó a su Presidente la ratificación del gran proyecto. El aislacionismo norteamericano, iniciado con motivo de las guerras napoleónicas, dejó a la Europa de 1920 a merced de dos nuevas y agresivas dictaduras: comunismo y fascismo. Sin embargo, este último no se consideró peligroso, llegándose incluso a cebarlo para que sirviera como punta de lanza contra el enemigo común: el bolchevismo. Así se consintió que el fascismo ítalo-germano ganara batalla tras batalla devorando países de menor cuantía: Abisinia, Albania, España, Austria, Checoslovaquia. En 1938 el repelente Pacto Munich, hizo creer a ingleses y franceses, con el visto

por incorporar a su país en la guerra contra las fuerzas del Eje, pero el obtuso Congreso seguía oponiéndose y el Pentágono temía provocar con ello a su enemigo natural: el Japón. Todo ocurrió, por consiguiente, al ritmo que más convenía a los enemigos de los Estados Unidos, que se vieron de todos modos implicados en la contienda con su escuadra mermada en cerca de un 50 por 100 por el sorpresivo bombardeo de Pearl Harbour.

La ausencia de imaginación en su política internacional, de corte totalmente anacrónico, estuvo a punto de costar a Norteamérica su primera derrota militar, pero su enorme capacidad económica, a salvo por la distancia de cualquier posible bombardeo, realizó el milagro de su recuperación, volviendo así a dar la razón al famoso aserto napoleónico de que las guerras sólo se ganan si se cuenta con tres elementos: dinero, dinero y dinero. De todos modos, la victoria no hubiera sido posible sin la colaboración soviética —pese a los trágicos errores de Stalin— y el talento político de Winston Churchill. Las pérdidas en vidas y material norteamericanos fueron cuantiosas y pueden atribuirse en gran parte a la política de avestruz del Congreso, incapaz de prevenir, por su indiferencia hacia los problemas internacionales, la preponderancia japonesa en el Pacífico.

Roosevelt fue un político de visión progresista en los temas de índole socio-económica. Su papel histórico ha sido disminuido por la violenta reacción en su propio país contra el **New Deal** a raíz de su muerte. El vicepresidente que le sucedió, Harry Truman, era un político provinciano sin el menor espíritu renovador. Sobre sus débiles hombros recayó la responsabilidad de firmar el tratado de paz en Postdam, junto a Stalin y Churchill. Mucho mayor fue la de ordenar que se arrojaran sobre populosas ciudades japonesas dos bombas atómicas. Japón capituló inmediatamente, pero la carnicería que el doble bombardeo provocó no ha tenido paralelo en la historia. Albert Einstein, precursor de la ciencia atómica, declaró que «el envenenamiento radiactivo de la atmósfera y con ello la aniquilación de toda clase de vida sobre la Tierra ha llegado al grado de la posibilidad técnica».

Uno de los primeros problemas que se planteó a Truman tras la derrota nazi fue el de las guerrillas comunistas en Grecia, que amenazaban con derrocar al gobierno sostenido por Gran Bretaña: en febrero de 1947, el Gobierno laborista inglés notificó al de Estados Unidos que sus dificultades financieras y los conflictos derivados de su imperio colonial en descomposición le impedían seguir sosteniendo a



Stalin y Roosevelt durante la Conferencia de Teherán (1943).

bueno de los Estados Unidos, que las divisiones nazis iban a volcarse pronto sobre Rusia, pero surgió como truco de prestidigitador otro pacto, aún más repelente, el de No Agresión entre Hitler y Stalin, cuya consecuencia fue poner toda Europa continental en manos del primero.

Roosevelt había propuesto a Hitler reducir los efectivos bélicos de todos los países a lo que un soldado fuese capaz de llevar. Hitler lo rechazó como Al Capone si le hubieran pedido sus víctimas que sólo usara guantes de boxeo. Los Estados Unidos, simpatizantes y proveedores de los aliados, permanecieron al margen de la cuestión, no sólo cuando Hitler repudió el Pacto Munich que acababa de firmar, sino cuando atacó solapadamente a su aliado soviético, mostrando claramente que no respetaría sus compromisos cuando así conviniera a sus propósitos. Como César Borgia y Fernando el Católico, estadistas ejemplares para el cínico Maquiavelo. Roosevelt se desvivía



Partisanos del general Markos, durante la guerra civil griega de 1945-46.

los griegos anticomunistas. Ello significaba dejar la península y el archipiélago helénico a merced de la Unión Soviética, poniendo en peligro la balanza de poder en todo el Mediterráneo. Churchill había ya pronunciado en el Westminster College de Fulton, Missouri, su famoso discurso: «Desde Stettin, en el Báltico, a Trieste, en el Adriático, una **cortina de hierro** se cierra sobre el continente. Creo que la Unión Soviética no desea la guerra, sino cosechar los frutos de la guerra y extender indefinidamente su poder y sus doctrinas. En lo que he podido conocer a través de mi trato con nuestros amigos y aliados rusos, creo que no hay nada que ellos respeten menos que la debilidad, especialmente la debilidad militar». Palabras que siguen teniendo actualidad, vertidas por el célebre político conservador cuando había sido desplazado del poder por la mayoría de los electores ingleses poco antes de finalizar la guerra mundial.

Truman había nombrado Secretario de Estado al general George Marshall, «el más ilustre de los norteamericanos vivos», según el propio Presidente. Para Marshall, ex jefe del Estado Mayor aliado, combatir a las guerrillas comunistas griegas era una acción tan decisiva como la Batalla del Bulge. Así nació lo que se ha llamado **Doctrina Truman**, según la cual los Estados Unidos «estarían siempre dispuestos a sostener a los pueblos libres amenazados por minorías armadas o por presiones exteriores». Por supuesto, que «pueblos libres» no se refería a países democráticos, ya que Grecia no era una democracia, sino a «pueblos libres de comunismo». El franquismo español y el salazarismo portugués eran, para la Doctrina **Truman, tan libres como el trujillismo dominicano**. La intervención norteamericana, con dinero, material bélico y consejeros militares,

tuvo, a la postre, el resultado apetecido: las guerrillas comunistas acabaron por ser derrotadas. Esto acarrearía después consecuencias trágicas para los Estados Unidos al repetir esa clase de intervenciones en el Extremo Oriente.

En 1947, un periodista, Herbert Bayard Swope, que escribía los discursos del senador Baruch, acuñó otra expresión que hizo fortuna, **la guerra fría**, pronunciada por el anciano político en un discurso en la ciudad de Columbia, Carolina del Sur. Walter Lippmann, el más famoso de los columnistas sobre temas internacionales de la prensa norteamericana, logró popularizarla en todo el mundo. Había estallado, en efecto, una **guerra fría** entre la URSS y los Estados Unidos, que todavía, al cabo de 30 años y pico, no sólo no termina, sino que parece agudizarse. La diplomacia de este país no acierta todavía a salir del laberinto en que la metió la Doctrina Truman. ■ A. C.



El Presidente estadounidense Harry Truman, durante el discurso inaugural de la Conferencia de San Francisco que dio origen a la Carta de las Naciones Unidas (24 de octubre de 1945).